



**Justo S. Alarcón**

## **Sueños goyescos**

### Índice

Sueños goyescos
Los civilizados
En el metro
En la plaza
En la playa
La orgía
El football
Overtura
Los gladiadores
La grey
Orgía 1
El jugador
Orgía 2
Los huérfanos
La invasión
Invasión navideña
Los dos cabecillas
Compra y venta
Las dos cámaras
El antifaz

La faz  
La verdad velada  
La justicia

Los civilizados

En el metro

Bajando las escaleras automáticas  
fui tragado por la tierra.  
Laringes y faringes frías  
me absorbieron  
en unos intestinos  
hediondos  
por los que circulaban  
miles de ratas  
bostezando  
blasfemias y rabias.

Vagones metálicos  
preñados  
de carne humana  
deslizándose corrían  
unos en pos de otros  
como víbora cascabelera  
tragando  
humo  
y bostezando  
pestilencia.

En una esquina  
dos fetos  
metiéndose  
los dedos y la lengua  
hurgaban  
senos y entrepiernas.

Cuatro pupilas  
lúidas y cristalinas  
se cruzaron frías  
en la lejanía de los años  
perdidas.  
La culebra  
longaniza zigzagueante  
silbó los cascabeles.

La víbora policromada  
diseñaba puertas y ventanas  
en forma de agallas.

Entre estación y estación  
inflaba el pulmón.  
Al parar  
vomitaba y engullía  
centenares de fetos.  
Por la piel policromada  
graffitis caprichosos  
recorrían las trasnochadas  
pupilas de los mirones.

Perras  
con los rabos levantados  
mostraban  
colmillos afilados  
hocicos arrugados  
y encías en brama.

Una caricatura  
de roquenrolero  
con la greña caída  
le apuntaba el cordial dedo  
a la extremidad del rabo.

Un político  
de lentes ahumados  
con un puro habanero  
bajo el mustacho  
y las uñas  
puntiagudas y negras  
hurgando  
estaba el portamonedas.

El humo del culebrero dragón  
hacía armonía  
con el del cigarrillo  
de la marihuanería.

Un trasnochado acordeonista  
constipado  
por una sífilítica ceguera  
desgranaba un pasacalles  
a la chusma borreguera.

La masa humana  
se hallaba ensardinada  
en la sofocante entraña  
de la boa ferrocarrilera.

Dientes carientos  
lagañas perrunas  
axilas al viento  
atmósfera trasiega.

El herrumbroso reptil  
en una lucha parturienta  
vomitó al ingente feto  
oliente a pegajosa placenta.

En la plaza

Otro gentío  
me esperaba  
en las afueras.

Venas varicosas  
dibujaban la red viaria  
de la ciudad en marcha.

Seres bípedos  
se cruzaban por las aceras

enseñándose los dientes  
carcomidos y marfileños.

Pupilas azules, verdes y cafés  
clavaban sus dardos  
en faldas policromadas  
y pantalones vaqueros.

Bustos y torsos al descubierto  
exhibían  
promontorios lecheros  
y vellos ensortijados  
en los macilentos pechos.

Un calor obcecante  
se paseaba por el centro.  
Tascas y bares  
con las gargantas abiertas  
engullían  
a transeúntes sedientos.

Noche de luna llena,  
plateada,  
rondaba la plaza.

Los instrumentos estridentes  
anunciaban la pachanga.

Los cafés y los bares  
antros de espeso humo  
inhalaban y exhalaban  
pulmones nauseabundos.

Pista de baile la plaza.

La tómbola  
vociferaba  
obscenidades  
a mansalva.

Una hembra desvelada  
reclinando sus ubres  
sobre el alféizar de la baranda  
observaba  
un hormiguero de gusanos  
ritmando  
una destemplada bamba.

El sol centelleaba.

En la plaza  
una estatua.

Una diadema  
de racimos  
contorsionada  
le llegaba al viejo  
hasta la barba.

Prohijaba  
una generación imberbe  
de empelotos chiquillos  
que metidos  
en la gigantesca jofaina  
se zambullían en el agua.

Una corpulenta diosa  
anacarada  
al inebriado viejo  
unos racimos alargaba.  
Por sus carnosos muslos  
se encaramaban  
los chiquillos  
atropellándose  
sobre el ombligo  
para alcanzar  
sus ubres lácteas.

En el templo  
de la plaza dorada  
los fieles se acercaban.  
Pupilas eléctricas  
aleteaban

sus mentes aleladas.

### En la playa

En la playa  
una hoz, un alfanje  
una plateada  
guadaña.  
Contra su dorado filo  
adoloridas  
agonizaban saladas  
las ondulantes canas  
del agua.

Sobre la arena  
titilaban obcecantes  
restos  
de mejillones  
almejas y ostiones.

Collares de conchas  
dibujaban  
un rosario plateado  
de avemarías  
muertas.

Arena de sol  
abrasada.  
Tiritaba de frío  
el agua.

Un abrazo ardiente  
y un beso helado  
contrajeron nupcias  
en la desnuda explanada.

Gaviotas y pez-espadas  
con graznidos y piruetas  
celebraban el machihembro enlace  
a lo largo de la alborada.

Un enjambre de bañistas  
se amontonaba  
en el girasol  
de la playa.

Se abría  
el gigantesco abanico  
deleitando  
pechos y espaldas.

Lagartos somnolientos  
tendidos  
con los taparrabos  
en las aguas.

Arcoíris de sombrillas  
ensombrecían  
torsos brillantes  
de lociones y pomadas.

Pupilas brillantes  
y encanecidas  
giraban enloquecidas  
bajo gafas ahumadas.  
Espejos fidedignos  
absorbían en sus azogues  
lactantes senos  
y protuberantes nalgas.

Violando  
el límpido azulcielo  
una avioneta  
ronroneando roncaba  
durante el vuelo.

Tirando de la cola  
alegre iba el estandarte  
que portaba un lustroso  
y cachetudo infante.  
Una sonrisa de mueca.  
Unos tirabuzones blondos.  
Una flexible ballesta.



Un corazón carnosos.

Jóvenes despechugadas  
libidinosos muchachos  
niños edénicos  
y viejos desdentados  
levantáronse a una  
rindiendo homenaje  
con las manos en los sexos  
al infante  
del estandarte.

Un distraído feto  
que recogía conchas  
y jugaba con la arena  
fue devorado  
por la hambrienta  
y adolorida vagina  
de la mar macilenta.

La muchedumbre alelada  
bostezando  
con la mandíbula abierta  
se lanzó  
sobre la asalitrada hembra  
para extraerle el feto  
nacido a la inversa.

La orgía

En la lejanía  
se divisaba la playa.  
Media luna.  
Recuerdo  
de la romántica Arabia.

La superficie del mar  
serena, sedosa y tersa  
como las ondulantes  
sinuosidades  
de un Harén las doncellas.

La media luna  
ostentaba  
sus dos plateados  
y seductores cuernos.

Los plenipotenciarios  
encendían las farolas  
y las ostentosas antorchas  
de sus arabescas casonas.

Los trajes de seda  
de las robustas vírgenes  
flotaban en la brisa  
de azahares y alhelíes.

La música  
de los surtidores de los jardines  
sintonizaba  
con los vasos achampañados  
importados  
de la seductora Francia  
para las fiestas veraniegas  
de Venus y de Baco.

En la cúspide de la montaña  
la mansión de los Becerra.  
Unos metros más abajo  
de los Swine la hacienda.

Los criados  
moros, indios y mulatos  
de allende los mares importados.  
Eunucos unos y otros castrados.

Se sentaron veinte parejas  
en dos filas paralelas.

De las paredes colgaban  
veinte dorados candelabros.  
Del techo pendían dos arañas  
de diamantinos cristales.

Las bujías brillantes  
dibujaban  
caprichosos caleidoscopios.

Vajillas de plata  
con mangos dorados  
a ambos lados de los platos.  
Manteles bordados en China  
y tapetes de Persia  
adornaban la mesa  
y del suelo el tablado.

Servidas por los eunucos  
ollas humeantes  
de perdices y faisanes  
pasaban de puesto en puesto  
entre los distinguidos comensales.

Botellas de La Champagne  
de Bordeaux la francesa  
de la hermosa Rioja  
y de Jerez de la Frontera.

Entre cuatro camareros  
sirvieron una plateada fuente.  
La asentaron en el centro.  
Al destaparla  
apareció un asado cerdo.

Caminaban  
las manecillas del reloj.  
La faz de su luna  
había sufrido una apoplejía.  
Un párpado caído  
y el labio inferior torcido.

Hacia las tres de la madrugada  
una dama empolvada  
creyó verse en el espejo  
de la dama del reloj.  
«Bruja descarada», le dijo  
«quisieras verte como yo».

Con el frac chorreado  
la corbata desatada  
el bigote de caviar  
espolvoreado  
un industrial  
se había asomado al balcón  
para la indigestión remediar.

Revolcado en sus propias heces  
yacía sobre las delicadas baldosas  
con una mano en la entropierna  
y la otra entre los senos  
de la tersa y sedosa  
muchacha de limpieza.

Con un enorme embudo  
en la achampañada garganta  
el cornudo eunuco  
le vació una trasiega garrafa.

Metros más abajo  
una alberca rodeada  
de jazmines y amapolas.  
Sobre las iluminadas aguas  
flotando  
se hallaban los lívidos cuerpos  
del ministro de cultura  
y la consorte  
del secretario de estado.

Se encontraban vacías  
media docena de botellas bordeaux.  
Una nota  
sobre la torneada mesa  
confesó  
la intolerable vida  
de los dos.

Se había puesto la luna.

El sudario de la aurora  
caía como filigrana fina  
sobre la lejana historia mora.

Fidedignos informaban  
los periódicos de la mañana:  
«dos potentados industriales  
fallecieron  
con la bendición del Papa  
y los auxilios espirituales».

Dos parejas desaliñadas  
descalzas por el asfalto  
con sus cuatro hijos  
alargaban sus sarnosas manos.

Las olas  
mordían contra las rocas.  
Blasfemaba  
el graznido de las gaviotas.

Una becerro y un cerdo  
hinchados sobre la arena  
eran de las moscas verbero  
y de los perros cena.

El football

Overtura  
El Valle ardía.

El sol veraniego  
había pegado con fuerza  
tres meses llenos.

Se habían puesto en marcha  
los negocios  
la ciudad  
los aficionados  
y la universidad.

Las taquillas  
abrieron sus ventanas.  
La gente acudía  
como moscas en brama.  
Rostros y espaldas  
pecosas y tatemadas  
por el sol canicular.

Ventas y reventas  
que subían y bajaban  
como en ferias  
las gananciosas subastas.

Las calles engalanadas  
con luces  
guirnaldas  
arcos de triunfo  
y tiendas abanderadas.

El estadio repleto.

Damas pintarrajeadas  
de colorines y esmaltes  
pieles de gamuza  
perfumes malolientes  
prestadas dentaduras  
y oxigenadas pelucas.

Caballeros con sombrero  
rasuradas las blondas barbas  
bigote de tinte negro  
camisas arrow  
rancios desodorantes  
puros habaneros  
y alientos trasnochantes.

Muchachos parranderos  
bebidas licorinas  
bajo el sufrido asiento.  
Muchachas descocadas  
con shorts tricolores

y blusas escotadas.

Los gladiadores

En la cancha  
fuego.

Cuatro árbitros  
con sus gorritas policromadas  
en el medio del campo  
echaban suertes a los dos bandos.  
Con pitidos y aspavientos  
daban órdenes tajantes  
a los veinticuatro contrincantes  
que sus puestos ya habían tomado.

En dos círculos medioluneros  
se agacharon los gladiadores  
recibiendo las estrategias  
de sus respectivos entrenadores.

Pantalones y camisas  
blindados  
con rodilleras  
botas, yelmos  
y pecheras.

Se separaron.

Con la primera lanzada  
comenzó  
oficialmente el juego.

Llegó  
el primer choque.  
Veinticuatro carneros  
por tierra dándose topetazos.  
Seis mil pesadas libras

sobre un jugador se amontonaron.

Piernas, dedos, brazos  
espaldas, cabezas, pechos  
dientes, ojos, gargantas  
bocas, cuernos y pescuezos  
retorcidos, entrelazados  
acostados y contorsionados.

Un montón de carne, de tocino  
y estiércol.

Todos se levantaron.

Arañazos  
en las piernas y en los brazos.  
Dientes y coágulos de sangre  
por el empolvado suelo.

Dos angarillas  
se posaron en el medio.  
Una pierna rota  
y un estómago hueco.

Cien mil voces unísonas  
formaron un estridente eco.  
Un alarido  
salido de la entraña  
del infierno.

La grey  
La banda frenética.

Rompían el aire  
marchas y ruidos estentóreos.

Búhos, lechuzas y murciélagos



dejando su tierna rama  
revoloteaban cadavéricos.

Las cheerleaders  
gesticulaban aspavientos.  
Lanzaban al embriagado público  
sus aireadas nalgas  
y protuberantes senos.

Los cheerleaders  
como graciosas gacelas  
enseñando sus bíceps  
por el aire  
hacían piruetas.

El público  
se dividió en dos bandos.  
Las mujeres ansiaban  
acariciar los estriados pechos  
y los ardorosos hombres  
aprisionar los curvados senos.

Los vendedores  
hacían la fiesta.  
Como acólitos  
con sus domingueros roquetes  
pasaban la canasta  
para recoger la colecta.  
Coca-Colas, hamburguesas  
palomitas, cacahuates  
perritos calientes  
y profilácticos tamales.

## Orgía 1

Se dieron  
el último choque.  
Con los cuernos  
un fuerte tope.

Por las puertas del campo  
salía  
la muchedumbre desbocada.

Era ya de noche.

Las fauces del estadio  
abortaban  
a una ingente manada.

Por las arterias  
de la oscura ciudad  
circulaban  
bocinas, carcajadas, gritos  
y merodeadoras ratas,  
sedientas de sexo  
de orgía  
y jarana.

Olía  
la atmósfera  
a alcohol, a sudor  
a intestino y a pólvora.

Cohetes y bombas  
laceraban  
las vísceras  
de la noche.

Los fuegos de artificio  
caprichosas formas  
dibujaban.  
Un niño empeloto  
extraído  
de la oscura vagina  
a desgana.

El jugador

Tendido sobre el zacate  
quedaba Frank Orrantia  
esperando a que llegara  
la lastimera ambulancia.

El Número 13  
portaba a la espalda.

Ocho hermanos menores  
eran su única esperanza.

Encuadrado en cuatro ruedas  
discurría su vida truncada.

De la percha colgada  
sola quedaba  
su toga alquilada.

## Orgía 2

Los restaurantes, los clubes  
las cantinas y los bares  
abrían sus desdentadas ventosas.

Por los pezones de niñas virginales  
brotaba espumante champaña  
y por los diminutos penes de infantes  
a borbotones  
salía la cerveza espumosa.

Ojos vidriosos  
de córneas opacas  
reverberaban centellas muertas  
que escupían bujías pasmadas.

Los labios inánimes  
caídos

sobre el borde de los vasos  
y de las afiligranadas servilletas  
destilaban espuma  
y baba macilenta.

Parejas en la pista  
dibujaban círculos cuadrados.  
Las manos en las nalgas  
y las piernas  
entreabiertas  
arrastrando.

En el centro  
dos estatuas gigantescas.  
Baco enracimado  
y Venus corpulenta.

Cincuenta mil parejas  
abrazadas  
a las carnosas siluetas  
de las sonrientes estatuas.  
Imitando a las deidades  
todos y todas  
se fueron despojando  
de sus ya escasos ropajes.  
Gradualmente iban apareciendo  
pecas, manchas, granos  
ampollas y tatuajes.

Cincuenta mil parejas  
sofocadas  
entre carnes  
cajetas  
y brebajes.

Bajo la beneplácita mirada  
de las deidades clásicas  
roncaba su victoriosa parranda  
una enorme zahúrda humana.

Los huérfanos

Los ocho hermanitos Orrantia  
arrodillados  
al borde de su única cama.  
Con sus ojos enrojecidos  
pedían  
que a su hermano malherido  
Dios cuidara.

La invasión

Invasión navideña

Los copos de nieve  
atterizaron sobre el tejado.  
Paracaidistas  
de blanca sombrilla.  
Navidades  
de infierno helado.

Santa Clos  
se desprendió  
del cuatrimotor.

El Señor Presidente  
roncaba  
un sueño pesado.  
Sonámbulo,  
a la blanca chimenea  
se acercó.

Una carta arrugada  
remitida de lo alto  
abrió.  
Un mensaje manifiesto  
entre líneas  
leyó.

Por la bizca ovalada ventana  
de la blanca casona  
observó.

Eran las dos en punto de la mañana.

Las pupilas del gran árbol  
parpadeaban caleidoscópicas.  
Seguían descendiendo  
paracaidistas santaclosianos.  
De sus verdicoloras jorobas  
extraían juguetes metálicos.  
Un hormiguero de jóvenes  
vestidos de verde tropicano  
recogían  
sus ferruginosos regalos.

El Señor Presidente  
entornó  
las blancas persianas  
de sus pupilas  
verdeazuladas.

La carta. La carta.  
Firmada  
por su sibila de recámara.

Se fijó en sus manos.  
De sus diez dedos puntiagudos  
chorreaban hilos de sangre.  
Sangre hedionda y multicolora  
dibujando un caprichoso mapa.  
Cinco continentes  
enrojecidos y macilentos  
decorados  
con chepudos ancianos  
jóvenes parturientas  
niños raquíuticos  
y viejas ajadas.

Desfilaban  
bajo arbustos  
de cafetales y bananales

tropicanos.  
Con trasfondo de música-salsa  
sonreían los vuelos de sus faldas  
y sus ponchos policromados  
plasmados en las imperiales pantallas.

Consumo de espantapájaros alelados.

Por los surcos  
de los frondosos cafetales  
y de los fértiles platanales  
corría sangre morena.

Ante los ventanales  
de pupilas entornadas  
diez puntiagudas uñas anacaradas  
destilaban  
afiladas pesadillas  
rebozadas  
de sangre tropicana.

Copos paracaidistas  
cubrían de alfombra blanca  
los surcos de sangre prieta  
por iracundos patrones  
flagelada.

Alaridos, ayes, quejidos  
suspiros, sollozos y gritos  
brotaban  
de una gigantesca garganta  
de ancianos, de niños  
y de jóvenes  
violadas.

Voces dolorosas  
silenciosas  
en las imperialistas  
pantallas.

## Los dos cabecillas

A las canicas jugaba  
el niño General  
con el niño Presidente  
en las orillas del canal.

El uno salía  
de una torturada calleja.  
El otro procedía  
de una colonia de Tejas.

El General  
lucía  
un robusto cigarrillo de marihuana.  
El Presidente  
exhibía  
una torneada pipa cubana.

Los dos conocedores de la CIA  
se habían mancuernado.  
Con la cocaína  
hacían secreto mercado.

Secretos  
latentes  
se pesaron  
en ambos platos.  
El fiel  
de la balanza  
temblando  
del uno al otro lado.

Las cuatro  
pupilas  
ardientes  
se clavaron.  
Los bíceps tatuados  
se hincharon.

De sus narigudas fauces  
exhalaban



humos flameantes.  
Juramentos de odio  
contaminaron el ambiente.  
Entrelazadas  
quedaron hormigueantes  
masas de gente.  
De un Guernica  
réplica maloliente.

### Compra y venta

El gato  
declaró estado de guerra.  
El ratón  
lo tomó al pie de la letra.

Había que extraer la ponzoña  
y la causa de la gangrena.

-Tú compras, yo vendo.  
Así va la ganga-,  
dice el uno.

-Aquí no manda  
la sacrosanta ley  
de la oferta  
y la demanda-,  
replica el otro.

Aviones y barcos  
clandestinos  
portaban en las entrañas  
bolsas blindadas  
de oro blanco compactas.

Por las arterias citadinas  
circulaban traficantes  
negros, prietos y blancos.  
Muchedumbres jadeantes  
con la lengua colgando

nervios atrofiados  
visiones psicodélicas  
venas y fosas nasales perforadas.

El Imperio se engangrenaba.

Los gatos de raza  
maullaron.

Las dos cámaras

La familia de Frank García  
atrofiada  
moraba en los proyectos  
construidos por el Gobierno.  
Dos habitaciones y una cocina.  
Las paredes interiores carcomidas  
y las antiguas policromías  
que en un tiempo  
cubrían  
el delgado y poroso emplaste  
se despellejaban  
como culebra mudando escama.

Treinta mil soldados rasos  
a la verde región tropical  
del canal  
fueron clandestinamente enviados.  
Por tierra, por aire y por agua  
arribaron  
a las dos en punto de la mañana.

Era sábado.

Los ratones  
merodeaban nauseabundos  
por los tortuosos y prostituidos  
callejones.

A las dos en punto de la mañana  
aterrizaron.  
Las vaginas de los portaaviones  
parieron fetos atolondrados.  
Con ametralladoras y pistoletas  
recorrieron los antros de las callejas.  
Doncellas y viejas  
sirvieron de esponjosa y cecinosa cama  
a los tataranietos  
de la mayfloweriana democracia.

Amaneció.

Dos cámaras  
pasearon sus zigzagueantes  
pupilas metálicas  
por lugares  
de pillaje  
y desmadre  
de ternura  
y bonanza.

La cámara nativa  
descubría  
sangre por doquiera.  
Por los zaguanes de las casas  
por las andrajosas calles  
por las banquetas deslosadas  
por los malecones, avenidas y bulevares  
por los callejones, salones y bares  
y por las plazas  
de sangre.

Sangre  
de ancianas enjutas  
de viejos tullidos  
de trasnochadas putas  
de imberbes muchachos  
de vírgenes sin mancebo  
de niños de pecho  
y de fetos malogrados.

¡Sangre!

En la oscuridad y silencio  
agonizaba el grito  
de la diafragmática sangre.

La cámara foránea  
mostraba  
a un joven soldado  
mayfloweriano  
duchado  
y recién rasurado.  
En medio de una preñada avenida  
en cuclillas  
consolaba  
a un niño de tres años.  
Niño empeloto  
de brazos y muslos torneados.  
Niño barroco.  
Los rayos del sol  
se refractaron  
en dos diamantes  
lacrimógenos.  
El profiláctico soldado  
lo cogió en brazos.  
Las azules pupilas  
de la cámara foránea  
se estremecían  
en una límpida mañana.

El antifaz

Frank García  
había vuelto de la refriega  
herido.  
El Presidente  
lo proclamó y condecoró  
héroe.

Sus facciones precortesianas  
adornadas

de una sonrisa estudiada  
llenaban  
las veintiuna pulgadas  
de las coloreadas pantallas.

Las marmóreas miradas  
de las muchedumbres  
aleladas  
reflejaban impávidas  
sus intangibles almas  
difuminadas.

La faz  
Era la Navidad.

Frank García  
abrió el regalo  
que su madre  
le tenía guardado.  
Dos oscuras lágrimas  
rodaron por sus mejillas.

Despertó  
a las dos en punto de esa mañana.  
Recorrió  
las concavidades del cráneo  
en busca de dirección.  
Giraban atolondrados los puntos cardinales  
de sus veintiún años estivales.  
En un rincón opaco  
de su masa grisácea  
y gelatinesca  
halló  
el torturado y vago  
recuerdo  
de su vidrioso padraastro  
en un sudario  
de sangre envuelto.

Por los hilos elásticos  
de sus nervios  
corrían atropellados

los restantes recuerdos.

Se levantó.  
Tenía que cumplir la promesa.

Eran las dos en punto de la mañana.

Sus cinco hermanos  
le esperaban detrás de las rejas.  
Ojos cristalinos. Ojos opacos y mudos.  
Como agujas  
se le metían las pupilas epidérmicas  
por los canales sanguíneos  
dirigiéndose al corazón.  
Ante las diez miradas nubladas  
se desnudó.  
En diagonal  
les mostraba una cortada  
de diez pulgadas trazada  
en la región umbilical.

-Carnales,  
el encanizado vato de la ruca ésa, ése,  
con su vaisa derecha  
agarrando  
su chaineada filera  
me sacó la vuelta, ése.

-Entonces, ése,  
la bronce star y la teorizada  
del Presidente  
fue puro pedo  
y pura patada, ése.

Del bolsillo  
del verde uniforme  
sacó cinco bolsitas de oro blanco  
traído del trópico  
para sus cinco decrépitos hermanos.

## La verdad velada

Las afiladas metralletas  
de treinta mil invasores  
escupían fuego  
y sembraban semen  
por las ardientes callejuelas.

Eran  
las calles  
antesala  
del cementerio  
a las dos en punto de la mañana.

A una niña quinceañera  
sobre el asfalto postrada  
la contemplaban  
las milenarias  
y pasmadas estrellas.

En los ojitos entreabiertos  
de su bebé helado  
tiritaba  
el llanto de los luceros  
lejanos.

Un fognazo  
quebró  
el vidrio del ojo  
de la casera cámara.

Prohibido quedaba  
ver la postrera escena  
de la batalla  
en la extranjera y policromada  
pantalla.

## La justicia

El fiel de la balanza,  
dedo cordial  
de la ciega estatua,  
le mostraba justiciera  
a todo el mundo  
que la imperial democracia  
se alimenta  
de la patronasca metralla.

2009 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la  
[Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite  
el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

